

EJECUTORIAS ADMINISTRATIVAS DE LA PACIFICACIÓN BAJO EL GENERAL PABLO MORILLO

Autor: Pablo E. Victoria Wilches (Historiador, economista, Ex Senador y Congresista de la República de Colombia)

En 1816 la Nueva Granada y Venezuela habían quedado pacificadas, tras seis años de caos, y el general Pablo Morillo podía sentirse satisfecho de su obra; al menos, estos territorios habían sido recuperados para España. Así se lo hizo saber mediante oficio al Secretario de Estado y Despacho de Guerra, Pedro Cevallos Guerra, el 31 de agosto de 1816. Los rebeldes estaban muertos, detenidos o fugados a las más lejanas y profundas selvas, riscos o llanuras. En Santa Fe se respiraba un clima de sosiego como en los últimos seis años no se había vivido. Pablo Morillo también tenía otro motivo para sentirse satisfecho: había contraído matrimonio, si bien la lejanía de su amada no era motivo de particular regocijo. Pero la guerra tenía sus propias exigencias mucho más graves y severas que el cumplimiento nupcial. Y este llamado al cumplimiento del deber era un acicate para su espíritu inflexible de disciplinado militar que lo impulsaba a sufrir las mayores carencias y a experimentar los más dolorosos sacrificios. En esto era el mismo reflejo de Bolívar, salvo en lo concerniente al goce del himeneo; porque, lo cierto es que al Pacificador no se le conoce ningún devaneo con dama alguna de alcurnia o de baja condición. Hasta en eso fue un asceta.

Desde su llegada a Santa Fe y, en particular, desde la reconquista del reino para las armas del Rey, Morillo se dio a la tarea de poner en orden la Hacienda y acometer obras públicas de grande utilidad. Todo sin descuido de evitar roce o maltrato alguno de sus tropas contra la población civil. Se sabe del fusilamiento de un soldado que había violado a dos mujeres y de la condena a presidio de otro que había robado. Tales acciones le habían granjeado el respeto y hasta complacencia de los habitantes de las ciudades granadinas. Los moradores de aquel reino volvían a conocer la justicia tras largos años de ausencia y desmanes. La Justicia Real era, pues, el pilar fundamental de la pacificación y, por ende, de la tranquilidad ciudadana. Sin embargo, los únicos que no compartían tales opiniones eran las esposas o familiares de aquellos a quienes la justicia imperial había castigado por sus actos de rebeldía y de traición.

Con tales antecedentes era preciso, entonces, dedicarse intensamente a las labores administrativas que con su férrea voluntad y mando debían consolidar su obra pacificadora. En efecto, Morillo entendía que era gracias a su liderazgo e incansable actividad que el Virreinato estaba progresando y no, propiamente, a lo que se entendía debía ser función de la actividad civil. Su arrolladora personalidad pronto chocó con la máxima autoridad política, el virrey Montalvo, hombre taimado y pacato que no entendía de las exigencias militares de este guerrero que ostentaba poderes omnímodos otorgados por el Rey y que parecían contradecir las formuladas por la administración pública. Realmente, el choque de los dos poderes debió ser duro, particularmente para el Virrey. Así que las dificultades fueron creciendo. No obstante, las comunicaciones, la minería, la agricultura, la educación, la salud y la Real Hacienda

fueron también creciendo y desarrollándose bajo la sombra del General. Fundó hospitales. Ordenó la vacunación general de la población granadina. Mandó recoger a los huérfanos y mendigos y, dirigiéndolos a la capital del reino, se les internó en talleres para enseñarles oficios. Fomentó el cultivo del trigo y creó una industria de alpargatas. Desafió la endiablada geografía del país construyendo carreteras y puentes, y fue así como conectó poblaciones, antes aisladas, incorporándolas al desarrollo del resto del país: Vélez con el Carare, Sonsón con Mariquita, Tunja con el Casanare, Girón con el Pedral, Ibagué con Cartago por el Quindío, Pamplona con Tunja, Anchicayá con Buenaventura y Santa Fe con Honda.

Por todas partes se veían obras y trabajos. Los oficiales, bajo el mando directo del general Enrile, trabajaban desde las siete de la mañana hasta las once de la noche, con sólo una hora para almorzar y comer y otra para descansar hacia las seis de la tarde. Fueron ellos los encargados de trazar las carreteras y estudiar la topografía de las regiones. Es decir, todo el reino estaba en movimiento. Había trabajo y comida abundante. Por tal razón, las quejas sobre el llamado «oscurantismo» español y la supuesta indigencia en la que la Metrópoli *ex profeso* mantenía a los americanos debió parecer a los habitantes del Virreinato letra muerta de unos embaucadores profesionales, mayormente abogados, de quienes Morillo recelaba por aquello de «*tener el prurito de doctores*», según decía, en detrimento de las ciencias más productivas, como la ingeniería, la química, la agroindustria. Esta marcada preferencia de las élites sociales por las abstracciones especulativas, Morillo intuía, era la causante de no pocos males en la Nueva Granada, particularmente en lo que competía a las insurrecciones y sediciones que azotaban los territorios de la América española. Es decir, en un país de letrados, el progreso tenía que reducirse, necesariamente, a la producción de tinta, papel y poco más, en perjuicio de las obras mercantiles, fabriles y productivas. ¿Dónde estaban los ingenieros civiles que no habían acometido las interconexiones tan necesarias al desarrollo? ¿Dónde estaban los médicos, que no atendían la salud pública? ¿Por qué se culpaba a los españoles de todos los males que aquejaban a aquél desdichado país, si sus habitantes estaban particularmente inmersos en disputas, partidismos, códigos, incisos, acápite, constituciones, memoriales, mientras el reino carecía de buenos administradores y técnicos que pudieran trazar y ejecutar las obras más necesarias, así como adelantar las ciencias exactas? ¿Cuál de ellos podía disputar a Mutis el conocimiento de la botánica? Pablo Morillo lo dijo: «... *este prurito que hay en toda la América de ser doctores a pesar de lo atrasadas que están todas las ciencias y la facilidad de conceder esta distinción... es tal vez una de las cosas que piden mayor reforma*». ¿Acaso no se conocía en Santa Fe la Real Cédula de Carlos III del 18 de febrero de 1783 sobre la honorabilidad de todos los oficios? ¿Dónde estaban, entonces, las prohibiciones oscurantistas de la administración española que no permitían el conocimiento de las diversas ramas de la ciencia? Morillo no las encontró, ni encontró nada que validara tan extravagantes reclamos. Tampoco encontró que los patricios criollos, que tanta alharaca habían hecho sobre la igualdad de los hombres desearan, o fueran, tan iguales a los demás. Él mismo, que por breve espacio de su vida había entretenido la idea liberal de la igualdad

en todos los órdenes, era ahora, a base de tenaz disciplina y ejecutorias, un ser perfectamente desigual en su trabajo e iniciativas. Él, que había nacido en un pueblo y en el seno de una familia pobre y desigual, habría de ser Conde de Cartagena por sus méritos en combate. ¿Y quiénes eran los demás? Bolívar era tan desigual como él, y, además, un absolutista consumado, y lo eran Pombo, Zea, Mariño, Santander y hasta el mismo Páez, que poco caso hacía a Bolívar, y lo eran todos con sus propias ambiciones de poder y de gloria; lo eran los hacendados, los ricohombres del reino, así como lo fueron Camilo Torres, Pedro Valencia, el conde de aquella encumbrada casa, los Sanz de Santamaría, en fin, como lo eran los pobres y los ricos, los jefes y los subalternos, los rebeldes y los realistas, y esto, en todos los aspectos, los morales, los intelectuales, los físicos, los personales. ¿Y no era de este modo como nos había dotado la Naturaleza, porque ni siquiera los hijos gemelos eran iguales entre sí? ¿De qué hablaban estos diletantes? ¿De qué igualdades esenciales, a no ser la igualdad ante la Ley, producto del pensamiento salmantino? ¿Y qué era eso, si la realidad humana no refleja tales abstracciones? Por eso, para Morillo, que no era hombre de andaduras filosóficas, lo único que realmente contaba eran los hechos concretos, por lo que no se detenía en consideraciones abstractas que no se materializaban ni en sus más fervientes promotores, pues para él tales sujetos no eran más que estafadores de la palabra y correveidiles de unas ideas que en la Francia habían hecho correr ríos de sangre y que sólo en la guillotina habían encontrado la verdadera igualdad. Y en el Nuevo Reyno de Granada la cosa no era distinta, pues quienes allí la preconizaban eran los seres más desiguales de todos, menos en la traición. Por eso, y por mucho esfuerzo que hiciera, no encontró por ningún lado la igualdad, como nadie la habría de encontrar en ninguna parte en los siglos venideros. Lo único que encontró fue la animadversión con que Montalvo recibía sus instrucciones, y la animadversión que causaba en los criollos de alto coturno que él se estuviera ganando la adhesión a la Corona de negros e indígenas, quienes no escondían su recelo hacia los blancos nacidos en la tierra. ¿Pero quién era este Montalvo? Un personaje nacido en Cuba, por lo que, una vez más, Morillo comprobaba que aquello de que a los criollos se les negaban los altos cargos en la administración pública eran otra de las ficciones que habían entretenido las encumbradas esferas sociales del país. Era otro agravio que quedaba atrás en el largo memorial de acusaciones fantasiosas. Morillo, encarnación moderna de la *Leyenda Negra*, demostró con valiosos aportes su compromiso con la verdadera Historia de América.